

LA PEÑOLA,

SEMENARIO CIENTIFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON CARRILLO DE ALBORNÓZ.

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Trimestre. 9 rs.

FUERA DE LA CAPITAL.

Trimestre. 41 rs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 40, bajo, y en las principales librerías de esta Capital.
 Toda la correspondencia dirigirla a nombre del Administrador
 DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

SUMARIO.—El rico y el pobre en el espíritu del mundo y moralmente considerados, por José Fernandez Guillen. —La Mascarada, por José de Castro y Serrano. —La coqueta, (historia de unos amores,) por Leon Carrillo de Albornóz. —Por una bota, (continuacion) especie de novela, por Jacobo Fernandez Brizuela. —Charada. —Fuga de vocales. —Soluciones al número anterior.

EL RICO Y EL POBRE EN EL ESPIRITU DEL MUNDO

Y

MORALMENTE CONSIDERADOS.

¿Quién es el rico en el espíritu del mundo? Un hombre á quien la fortuna siempre sonríe, que se halla rodeado de comodidades, dueño de suntuosos palacios con inmensas rentas para satisfacer hasta sus menores caprichos, cuya vida camina de juego en juego, de diversion en diversion, y que asiste á todas las fiestas públicas y á todos los espectáculos.

Su mayor gloria consiste en ser orgulloso, frívolo, en no poner límite á sus pasiones, ni aún á los deseos más fútiles que la suerte proporciona al afortunado; adquiere grandeza y celebridad con el escándalo unas veces, con el crimen moral y material otras.

Quién es, considerado moralmente? El rico en este sentido es un ángel de paz y de consuelo, un sér colocado entre Dios y los hombres para la espontánea distribucion de la riqueza, de los bienes que aquel se sirvió concederle.

Es un embajador del cielo, un guía, un apóstol de la Providencia, obligado á hacerla admirar por los que la desconocen, y justificarla ante todos los que indebidamente la atacan: pero siempre por medio de sus buenas acciones, con su esplendidez, sus favores, sus dádivas, sus mesurados consejos, su caridad en fin.

Así como el astro del dia en su brillante carrera muestra á los humanos la omnipotencia de su

autor, del mismo modo el rico con sus munificencias para con sus semejantes, demuestra evidentemente al orbe toda la sabiduría y bondad divina que á esos actos le impulsa; y será objeto de consuelo ó de terror para los pueblos segun que sea generoso ó avaro; respetado si es humilde en su trato con ellos; considerado como salvador si es caritativo, y un mónstruo si fuese lo contrario.

Ahora bien; veamos quién es el pobre en el espíritu del mundo. Un individuo de la sociedad como el rico, pero completamente aislado, proscrito, su última etapa hasta la escoria de la misma. Arrastra su vida sobre la superficie de la tierra llevando en su rostro un indeleble carácter, un sello afrentoso, la miseria é ignominia en una palabra.

Errante y fugitivo y como separado del resto de los mortales, se le halla en el camino con pena, y dirigesele una despreciativa mirada; cuando á alguno se acerca siéntese repugnancia y aun se cree concederle un favor hablándole, insultándole tal vez en su desgracia.

La sociedad no le concede derechos; para esta, el malvado tiene más dignidad; nadie en el mundo de él se conduce, y reducido á avergonzarse de sí mismo maldice su existencia y degenera en criminal, dejando en este concepto, como el rico, de ser hombre.

Considerado moralmente esto, en el órden providencial, un pobre es en cierto modo una de las más interesantes obras del Ser Supremo, puesto que ha querido que el pobre sea preciso y necesario al rico, que el rico sea el protector del pobre, que éste sea el salvador de aquel, ofreciéndole los medios para el cumplimiento del segundo objeto con que Dios le dió su riqueza; de modo que el pobre viene á ser una especie de juez que tiene en su mano la suerte eterna de los potentados, nobles y ricos, colmándoles segun sus actos, de bendiciones, ó condenándoles con su anatema.

En resumen; lo mismo el rico que el pobre en este sentido, son la antitesis de la opinion que el

mundo tiene de ellos formada generalmente. El primero tiene leyes que cumplir, el segundo derecho á ser favorecido; el uno dá, el otro recibe; sin orgullo aquel, éste agradecido.

Y, así como la Providencia descansa sobre los padres respecto á la educacion de sus respectivas familias, sobre los legisladores, respecto al régimen de la sociedad; sobre los reyes, respecto á la conducta de sus gobernados, de igual manera descansa y encarga el cuidado de los pobres á aquellos, cuyos bienes ha concedido para distribuirlos esencialmente entre los menesterosos, llenando así este intervalo que la miseria ha puesto entre el rico y sus desgraciados hermanos.

JOSÉ FERNANDEZ GUILLEN.

LA MASCARADA.

NOVELA.

por D. José de Castro y Serrano.

IV.

(Continuacion)

En casa del coronel Alvarez se estaba hablando casi siempre de un capitán de lanceros que llevaba su mismo apellido. Pero á pesar de esto, el coronel veía muy poco al capitán; porque daba la combinación de que el capitán iba casi siempre á casa del coronel despues de las doce de la mañana, y se marchaba antes de las tres. Por otra parte, el coronel no tenía mucha gana de visitas, y esto consistía en que insensiblemente iba perdiendo el buen humor que habia disfrutado desde su juventud. Así es que no se cuidaba mucho de buscar al capitán, á la manera que el capitán se cuidaba bien poco de solicitar entrevistas con el coronel.

La casa del veterano habia sufrido en pocos días una violenta trasformación. Lela se prestaba rarisimas veces á los caprichos de su marido, los cuales dió en llamar tonterías. En cambio tocaba mucho el piano y ensayaba grandes piezas de canto que jamás dedicaba á su esposo, aunque éste lo solicitaba á todas horas. El viejo militar compró una hermosa carretela para ver si Lelita tornaba á la amabilidad y agrado de otros días en fuerza de este costoso sacrificio; pero aunque Magdalena disfrutaba el carruaje con gran placer, gustaba más de ocuparlo sola (al menos tal le pareció al esposo) ó en compañía de otras amigas, que llevando á la izquierda á su marido.

Una mañana anunció el coronel á su esposa que desearía pasear con ella en el carruaje. Lela dijo primero que no, y despues que sí, aunque encargó que pusieran los cristales. El coronel la hizo presente que hacia un sol hermosísimo, y que era por lo tanto más cómodo llevar descubierta la carretela. Lela insistió en lo contrario, y la carretela se cerró. Despues el coronel tuvo visita, y decidió no salir; pero como Magdalena estaba vestida, la rogó

que no desperdiciara la mañana. Cuando Alvarez se asomó al balcón para ver montar á su esposa, observó que habian vuelto á abrir la carretela.

Cuando se quedó solo murmuró para sí:

—Hago mal en quejarme; soy un presuntuoso, un necio; ¿qué valgo yo? Con razón parece como que escusa el que me vean á su lado. ¡Ella tan joven, tan hermosa!... yo enfermo, viejo!... ¡Oh! ¿cómo pude creer que ella descendiese hasta amarme?... Bastante hace la infeliz. Me considera, me respeta, me sufre... vive á mi lado sin murmurar!... ¡Sí, esto es bastante! ¡Luego que yo debo aburrirla con mis tonterías!... Querer que una joven de su mérito se identifique con un viejo que solo piensa en amar! ¡Repugnante amor! Perdóname, Lela mía; te he hecho infeliz, he empañado tu hermosura con mi aliento, he agostado tu lozana primavera, y aun soy tan insensato que quiero que pienses solo en mí, que hables solo conmigo, que pases á mi lado tu vida, y que me ames con todo el amor de que tu alma es capaz!... ¡Oh necio!... presuntuoso!!! ¡Conténtate con su deferencia!... ¡besa la alfombra que ella pisa!... escucha su dulce voz á escondidas cuando ella ensaya para lucirse luego en los salones, y no pretendas nunca acompañarla en público sin cubrir antes los cristales de tu carretela.

Aquel día el coronel no fumó ni bebió Ginebra. Por la noche pidió perdón á su esposa de una falta que no podia revelar, y llegó el día sin que hubiese podido conciliar el sueño.

Así pasaron algunos meses. El despego de Magdalena era cada día más perceptible; porque es tal el corazón de la mujer, una vez estraviado, que lejos de enternecerse ante el hombre que se humilla y que sufre, se seca más y más á medida que un infeliz lo humedece con sus lágrimas.

El único consuelo que quedó al coronel era la voz de su querida Lela. Esta pasaba gran parte del día y aún á veces noches enteras repasando al piano las piezas de música más modernas y de mayor efecto. Jamás recitó ninguna delante de su esposo para agradarle, pero sea como quiera, las escuchaba día y noche, con lo cual se tenía por feliz. ¿Cómo no se le ocurría á Magdalena complacer alguna vez á su marido cantándole la melodía del *marinero enamorado*?

Aquellos estudios y continuos ensayos tenían un objeto decidido. La esposa del coronel debia cantar en breve ante la escojidísima concurrencia que se reunía en los salones de una dama de las más ilustres de la corte. El día en que se verificaba el concierto, dijo Lela á su esposo:

—Ya sabes que estamos convidados para la fiesta de la duquesa.

—No me lo habias dicho, murmuró el anciano.

—Creí que sí. Y bien, ¿qué dices?

—Que irás.

—¿Y tú?

—Yo me quedaré en casa.

Aquel día estuvo el coronel más contento porque su esposa habia contado con él para la reunion. Arregló los papeles de música; mandó por

pastillas para aclarar la voz, y trajo toda la tarde la casa revuelta para que no faltase nada al tocado de la señora. Por la noche estuvo presente al adorno de su Lela con el cariñoso afán de una madre que arregla el prendido de su hija. Por lo que toca á él, si dejaba de asistir al concierto, no era por falta de deseos, sino porque habia jurado no afrentar con sus canas y su traje vulgar la lozanía y elegancia de su jóven esposa.

Llegado el momento de partir, Magdalena dió la mano á su marido con mas afecto que de costumbre, y este, enternecido, se atrevió á abrazarla. ¡Estaba hermosa!

El carruaje partió; pero Alvarez no fué á acostarse como habia prometido: queria escuchar la voz de su Lela; queria estar presente en su triunfo; queria oír los elogios que se la prodigasen; queria en fin, disfrutar siquiera un átomo de lo que le pertenecía por completo.

Tomó las llaves del guadarnés de su caballeriza, y se vistió de lacayo.

En aquel tiempo, lo mismo que al presente, disfrutaban las gentes de librea un privilegio que solo es concedido á los grandes y á los cocheros: el de asistir á los bailes y reuniones de la aristocracia. Las antesalas y pasillos de los palacios no se cierran nunca para los criados de libreas conocidas que esperan la salida de sus amos. Allí entretenidos en sus estrambóticas conversaciones, y arrullados por el amor de las estufas, oyen si se canta, divisan las parejas si se baila, y beben y comen de los abundantes restos del banquete. El coronel sabia esta circunstancia, porque alguna vez habia asistido á semejantes reuniones; y aunque á sus propios ojos le humillaba este ardid, no titubeó en adoptarlo como un nuevo sacrificio en aras de su amor.

La reunion estaba brillantísima. Todas las señoras vestían tan bien, y los caballeros todos se presentaban tan airosamente ataviados, que el coronel se alegró unas cien veces de no haber querido ridicularizar á Lela con su presencia.

Pero el goce del veterano llegó á su colmo cuando comenzaron los preludios de una cavatina que habia oido varias veces ensayar á su esposa. Entonces se volvió todo oídos; impuso silencio á los criados que alborotaban, y seguramente no hubiera perdido la menor de las notas sin un extraño incidente que turbó su atencion por algunos instantes. Un caballero jóven que entraba á esta sazón en la sala, se quitó de los hombros el gaban que le cubria, y fué á arrojarlo sobre la cara del pobre cochero ordenándole que lo colgase en la percha. El coronel iba á levantarse para vengar aquella afrenta, cuando recordó el papel que estaba desempeñando: entonces fijó su vista sobre el caballero que acababa de entrar, y reconoció, aunque ya por la espalda, á un amigo suyo con quien hacia dias que no conversaba familiarmente. Era el capitán Alvarez.

A la entrada del capitán en el salón sucedió un ligero pero bien perceptible murmullo, que impi-

dió otra vez al veterano escuchar los acentos de su esposa. ¡Todo eran desgracias para él!

Una salva de aplausos, y otra despues de aquella, y una tercera despues de las dos, pero frenéticos, delirantes, sublimes, hicieron olvidar al humilde lacayo las humillaciones que acababa de sufrir. El triunfo de su Lela habia sido completo. Si en aquella ocasion hubieran estado atentos los criados, habrian visto al cochero desconocido enjugarse los ojos con las mangas de su librea.

Los salones y galerías comenzaron á poblarse de señoras y caballeros, entre quienes no mediaba otra conversacion que los elogios de la linda cantante. El coronel se hubiera marchado entonces; pero ¿quién resistia al deseo de escuchar una por una todas aquellas satisfactorias palabras?

En uno de los grupos mas cercanos al viejo habia tres jóvenes que disputaban acaloradamente sobre el mérito de la sublime artista: dos de ellos sostenian que si se dedicaba al teatro no tendria rival en Europa; y para apoyar su opinion llamaron á un tercero, el cual apenas se acercó á sus amigos les preguntó con marcado interés:

—¿Quereis decirme ante todo quién es esa hermosa muchacha que canta tan admirablemente?

—Pues qué, ¿no la conoces?

—Seguramente que no.

—¡Hombre, pues si es la perla de Madrid!

—¿Pero es soltera... casada?...

—Casada, y con un estafermo.

—Con un mueble de militar que pasa la mitad de la vida borracho, y la otra mitad quejándose de la gota.

—Pues entonces, ¿quién es el pez que se traga ese anzuelo?

—¡Toma! ¿ahora salimos con esa?... Chico, chico, tú estas muy atrasado de noticias!...

—¡Qué quereis!... pero no sabia nada.

—¡Pues si es un escándalo!...

—¡No se habla de otra cosa en Madrid!...

Al llegar la convesacion á este punto, un lacayo, vestido de librea, se habia internado en el salón de descanso.

—¿Pero al cabo me direis cómo se llama esa muchacha?

—Voy á decírtelo, exclamó uno resueltamente. En su casa la llaman Magdalena; pero aquí, en el café, en el Prado y en todas partes, se llama la querida del capitán Alvarez.

V.

A los que estrañen que la noche del concierto de la duquesa no muriese un caballero á manos de un lacayo, les diremos que conocen muy mal el carácter del protagonista de esta verdadera historia.

En la mañana que sucedió á la fiesta, amaneció muy tarde en casa del coronel. La señora, que se habia acostado con sol, no llamó á su doncella hasta despues de las cuatro; y por lo que hace al señor, ni se habia levantado temprano como acostumbraba, ni menos dado razon de su persona.

Admirada Magdalena de este extraño incidente,

se resolvió á entrar en el aposento de su esposo. (Hacia algunos meses que vivian separados á causa de la tos que aquejaba con frecuencia al coronel.)

Las puertas del gabinete estaban cerradas como á la media noche, y en la alcoba de Alvarez no se sentia el menor ruido. Lela, sorprendida, recorrió las cortinas del lecho, y su sorpresa fué entonces infinitamente mayor cuando se ofreció á su vista el cuadro mas repugnante. Las ropas de la cama estaban en desórden: el coronel, atravesado en el lecho tenia los brazos y la cabeza colgando; la sangre que se habia agolpado á su rostro, le daba un aspecto horrible: por último, la fetidez y humedad del lugar contribuian á temer alguna catástrofe. Cuando se abrieron los balcones del gabinete, Magdalena pasó del estado de angustia al de menosprecio: entonces reconoció en su marido las señas evidentes de la embriaguez. Decididamente aquel hombre, gastado ya para todos los vicios, se habia dado por el mas odioso y repugnante.

Amaneció el siguiente dia, y tras de él otro y otros sin que se notase mas novedad en casa de Magdalena que la variacion repentina en el carácter del coronel. Este, que mucho tiempo antes habia perdido su buen humor, tornándose de bromista y locuaz en taciturno y reservado, volvió á aparecer tal como era amable, complaciente, gran fumador, y sobre todo excelente tercio para la Ginebra. Ninguna mañana se encontraban en su mesita de noche menos de tres frascos vacios.

Al volver una tarde á su casa mas temprano que de costumbre, fuése directamente al gabinete de su muger, en vez de tomar el camino de su despacho. Cuando penetró en él la encontró sola.

—¿Ha venido alguien? la dijo.

—No. Aquí estoy aburrida desde que te marchaste.

—Me alegre.

—¿Por qué?

—Porque entonces ya sé que quien se fuma mis cigarros, es tu doncella.

En efecto, el gabinete estaba lleno de humo de tabaco. El coronel salió de allí sin dar lugar á que su esposa se turbase en su presencia.

Por la noche llamó al lacayo y le preguntó:

—¿Vive todavía en la misma casa ese caballero para quien sueles llevar esquelas de tu ama?

—Sí señor; vive en la misma casa.

—Pues bien, mañana tendrás que llevarle una mia.

—Está bien, señor.

Al dia siguiente á las doce, el capitán Alvarez, Magdalena y el coronel se hallaban reunidos en el mismo lugar y con el mismo ó mayor gozo que el primer dia de su conocimiento.

—¡Válgame Dios, y cómo se pierde este capitán! ¡Sabiedo que le apreciamos tanto! ¿Qué es de su vida de V., caballero?...

—Las ocupaciones del regimiento me impiden ser lo consecuente que debiera con mis amigos. Sin embargo he venido varias veces; pero como siempre daba la casualidad de que estaba V. fuera de casa...

—¿Con que ha venido V?... pues no lo sabia.

—Sí, hombre, te lo he dicho muchas veces.

—¿Me lo has dicho?... Pues no recuerdo... Ya se vé, lo primero que perdemos los viejos es la memoria. ¿Y qué se dice por Madrid? ¿Son ciertas esas voces que corren de que se casa V.?

—¿Casarme yo?

—¿Casarse el capitán?

—Sí, Lela mia, se nos casa. Y parece que no hace mal partido. Joven... hermosa... rica...

—¿Usted se burla, mi coronel?

—¡Qué gana de chanzas tiene mi marido!...

—Hombre, ahora que hablamos de muchacha y de broma, ¿hizo V. algo con aquella chica á quien vino siguiendo la célebre mañana en que nos conocimos?

—Voy á tocar un poquito el piano si á Vds. les parece.

—Con mucho gusto por mi parte, señora mia.

—Digo esto porque ayer oí decir en el café que habian visto á V. con una muchacha muy linda que vivia... y dieron las señas de esta casa.

—¿Qué canto, señores?

—Lo que V. guste, Magdalena. Yo á todo me avengo, porque todo me entusiasma igualmente: en caso quien deberá indicar será mi coronel.

—Entonces se me ocurrió decir: si será con aquella muchacha que le dió con la puerta en los hocicos?

—Seguramente, con esa debe haber sido.

—Pero es el caso que yo me la encontré esta mañana en la escalera, y como estaba de buen humor, la tiré una puntadilla sobre el asunto. Amigo mio... ¡cómo se puso!!! ¡Picaro! ¡infame! ¡calumniador!!! decia ¡No será capaz de referirlo en mi presencia!!!... Por fin estaba hecha una furia. Yo entonces...

—¿Canto la melodía del marinero enamorado?

—¡Oh, sí! esa creo que es la favorita de mi señor coronel.

—¿Con que sabe V. qué he hecho? La he citado para esta hora con el fin de que tengamos un buen rato. Ya poco tardará: al cabo quedarán Vds. amigos.

—¡Pero mi coronel!...

—Sí, Lela mia, canta la melodía del marinero enamorado: con eso oirá el capitán esa preciosa serenata. Voy antes á referirle el asunto, por si no entiende el italiano.

—Ya creo que en otra ocasion...

—¡Ah! ¿se la he contado á V?... Quiere decir que por si no se acuerda... Suponga V. que el marinero estaba enamorado de su canoa... pero lo que se llama enamorado. Vino un tuno á robársela, y ¿qué hizo? saca un puñal y zás!... le atraviesa el pecho de parte á parte.

—¿Cómo? si mal no recuerdo, fué de otro modo lo que V. me contaba...

—¿Fué de otro modo? Pues no tengo presente... ya se vé, lo primero que perdemos los viejos es la memoria. ¿Qué hizo pues el marinero?

(Se continuará.)

LA COQUETA.

(HISTORIA DE UNOS AMORES.)

Cármén se llamaba.

Sus cabellos eran rubios como los dorados rayos del sol, que se quebraban en ellos á la caída de la tarde; su diminuta bota la hubiera definido un poeta diciendo que era el nido de Cupido, y sus hermosos ojos garzos retrataban un cielo de pureza y un mundo de felicidad.

Era en fin una muger arrebatadora, y Cármén lo sabia.

Este era su principal defecto. Hija de unos riquísimos comerciantes de Barcelona, su cuna habia sido mecida en el lujo y la abundancia; acostumbrada á ver satisfechos sus menores caprichos, se habia hecho orgullosa, y á los quince años ya se complacia en aspirar el incienso que cien adoradores quemaban á sus piés ansiosos de poseer su cariño y su fortuna.

Pero ella no amaba. Su carácter ligero y caprichoso sobreponíase siempre á los impulsos de su pecho, y pasaba los primeros años de su juventud en halagar á unos, despreciar á otros y hacer concebir esperanzas á todos complaciéndose luego en desvanecerlas con una burlona carcajada.

Una vez tan solo llegó á sentir en su corazón las emociones de un amor naciente.

En las oficinas comerciales de su padre, trabajaba un apuesto y simpático jóven que se habia grangeado el cariño de su principal. De carácter algo retraído á consecuencia de los continuos azares y disgustos con que la suerte habia perseguido á su familia, no hablaba casi nunca, pero en cambio sus negros ojos eran enérgicos y espresivos, y dejaban comprender el temple de su alma varonil.

Era uno de esos hombres que exageran hasta lo infinito sus sentimientos, y que llegan á ser por ellos ángeles ó demonios.

Julio, que así se llamaba nuestro jóven, llegó á enamorarse de tal manera de la hija del principal, que ésta llegó á constituir su idea esclusiva y su único sentimiento.

Ella tambien le amó, pero no con la pasión que habia sabido inspirar, sinó con ese entusiasmo pasajero que suele caracterizar los caprichos de la muger.

Así es, que apenas habia pasado medio año desde que Julio en una tarde que paseaban por el mar habia hecho confesion á su amada de todo lo que sentia, cuando Cármén estaba ya pesarosa de haber fomentado aquella pasión enérgica que le preocupaba y le causaba miedo, porque habia adivinado que Julio seria capaz de matarla antes que verse despreciado.

Pero aunque era muy niña, supo hallar un medio de alejarlo de su lado con esa maestría que la muger coqueta cuenta siempre para engañar. Al efecto le hizo comprender, aunque de una manera indirecta, la desigualdad de fortunas que los

separaba y por fin consiguió que un dia Julio la dijese:

—Cármén: voy á partir en breve á bordo de un buque que hace la travesía y el comercio con la India. Voy á buscar un porvenir para hacerme digno de tu familia, y parto gustoso; pero júrame que no me olvidarás; júrame que no serás de nadie mientras yo respire en la tierra. No se por qué, pero... Perdóname; llevo en el alma un terrible presentimiento de que no me serás fiel y entonces... cuando yo volviese.....

No dijo más; pero una mirada terrible acabó la frase de una manera más espresiva que todas las frases del mundo.

Cármén le oyó, y en vez de comprender aquellas palabras y aquella mirada, se alegró de separar á aquel hombre de su lado, y para conseguir su objeto no temió pronunciar mil juramentos de fidelidad que su corazón estaba lejos de sentir.

Partió Julio y entonces respiró con libertad.

Su vida desde aquel punto y durante mucho tiempo la compartió entre los placeres y el lujo, teniendo un amante cada dia y una afición cada momento, llegando hasta el caso de que las habilllas y la maledicencia vertiesen su veneno sobre la reputacion de aquella muger que fuere lo que quisiese, nunca se habia olvidado de sí misma hasta el punto de manchar el brillo de las canas de sus padres.

.....
Pasaron algunos años.

Una fria noche de invierno en que el huracan se desencadenaba y la lluvia caía á torrentes, Barcelona dormia con el silencio de los muertos.

No obstante, en una espaciosa casa, situada al extremo de la ciudad, se notaba una animacion desusada y un movimiento impropio de la crudeza de la noche.

Los carruages se sucedian; las elegantes damas y los apuestos caballeros descendian de ellos, y al entrar en la casa, que estaba profusamente iluminada, se perdian en un laberinto de gasas y de flores.

Una magnífica orquesta preludiaba en el interior algunos bailables, llenando la embalsamada atmósfera de sus salones con admirables armonías.

Todo era animacion en aquella vivienda; todo era lujo, y ostentacion, y todo, en fin, hacia un enérgico contraste con el exterior.

En esto, un caballero de unos veintiocho ó treinta años llegó al umbral de la casa y se detuvo, llevando la mano al pecho que desgarró con sus uñas. Una palidez mortal cubria su rostro, y sus negros ojos lanzaron un rayo de esterminio.

De pronto hizo un esfuerzo, y dominándose, ascendió los pocos escalones que le separaban del piso donde se oía la fiesta.

Preguntó por el amo de la casa, y entregándole una carta, oyó las siguientes palabras:

—Me alegro mucho poder servir en algo á mi amigo X., á quien no he visto desde que partió para las Indias, y que me recomienda á V.; ale-

grándome tanto más, cuanto que me proporciona el doble placer de ofrecerle mi casa.—Ella es suya, y celebró se haya V. presentado en ocasión feliz para nosotros, puesto que mi hija ha recibido su bendición de boda esta noche.—Entrad y os divertireis, caballero.

Esto dicho, se internó nuestro desconocido entre las parejas que bailaban.

Todo el que fijaba su atención en aquel joven pálido y de mirar siniestro, no podía contener un sentimiento de espanto, y como si su presencia hubiese sido contagiosa, el silencio siguió al bullicio, la reserva á la alegría, y todos preguntaban con una mezcla de curiosidad y terror quién era aquel que por su palidez se asemejaba á un fantasma.

La orquesta preludió á la sazón un wals, y la heroína de la fiesta, la novia feliz y codiciada, se vió en la precisión de bailar con aquel hombre, no sin poder reprimir un movimiento de repugnancia.

Entonces empezó á imponerse más aquella estatua de mármol. Llegó un momento en que todo el mundo se paró para contemplar la rapidez con que bailaba, arrastrando á su pareja cual débil pluma al rededor del salón.

Aquello no era bailar, aquello era un vértigo espantoso que no tenía fin ni límites. El la arrebató de una manera fantástica, y con el rostro contraído, el pecho palpitante y la mirada siniestra la hablaba al oído, mientras que ella, pálida y temblorosa como la azucena, le escuchaba llena de terror.

Hubo un momento en que quiso detenerse, pero fué en vano, porque un brazo de hierro la impulsaba.

Por fin cesó la música, y Carmen (pues ella era) cayó desvanecida en una silla.

Entonces se la acercaron varias personas, y con solícitas palabras empezaron á prodigarla mil cuidados.

—Dejadla, señores, ha sido un mareo pasajero, y respirando el aire libre se le pasará, dijo nuestro desconocido, añadiendo despues:

—Señorita, si me haceis el obsequio de aceptar mi brazo, saldremos á la galería á tomar el aire.

Y sin aguardar contestación la arrebató del círculo de personas que contemplaban la escena, y dominándolos á todos con una mirada, salió de allí á la galería, se detuvo un momento para cerciorarse de que nadie seguía sus pasos y descendió al jardín con su pareja del brazo.

Despues se dirigió á una puerta, sacó la llave de un bolsillo de su traje, y abriéndola apresuradamente atravesaron su umbral encontrándose en la calle.

La noche seguía lluviosa é imponente; ni un alma transitaba por las calles de la populosa Barcelona y así pudieron llegar á la playa donde desatracó nuestro joven una barca, lanzándose al mar con la desdichada Carmen.

Por él anduvieron como cosa de un cuarto de hora, hasta que abandonando los remos aquel hombre

pronunció con voz sepulcral las siguientes palabras:

—Escúchame, Carmen. Te he raído de tu casa á estas horas y á este sitio para poderte contar una historia en que tu eres la heroína. Oyela, pues.

Hace ya seis meses que digistes un día al despedir á un hombre: Juro ser tuya y esperarte. ¿Te acuerdas? Pues bien; ahora voy á decirte lo que no sabes. Aquel hombre lleno de felicidad, por tu juramento, abandonó sus afecciones, se alejó de su patria, dejó á su anciana madre y se apartó de la muger amada, arrojando todos los peligros del mundo por labrar un porvenir que arrojar á los piés de aquella muger.

¿Y sabes lo que ha sucedido? Pues sígueme escuchando.

Aquel hombre despues de separarse de tí, ha padecido mucho, ha viajado por todo el mundo, ha regado con su sudor y algunas veces con su sangre, la haz de la tierra y la superficie del mar, hasta conseguir una fortuna para la muger que le engañaba infamemente. Aquel hombre, despues de haber amontonado las riquezas átomo por átomo, al saber que habia sido su cariño burlado y su memoria escarnecida, juró vengarse y para no arrepentirse ante la muger que era más que su vida, para que no tuviese nada que le ligase á la tierra, quemó su buque, sepultó en el mar todo el oro que habia recogido, y aquel hombre, despues, ha venido á pedirte cuenta de tus juramentos á la última hora de su vida y de la tuya... ¡Carmen!... ¡Yo soy Julio!... Yo soy el hombre que has vendido. Yo soy el hombre que vengo á realizar la palabra que empañé de matarte antes que fueses de otro... y vengo á cumplir mi juramento.

—¡Perdon! ¡perdon! fué lo único que la infeliz desposada pudo articular.

Pero el silencio contestó á sus palabras, y poco despues una doble detonación retumbó en el espacio.

Era Julio que habia disparado sus pistolas sobre el fondo del bote en que iban, y que empezó á hacer agua de una manera espantosa.

Carmen no pudo resistir tantas emociones, y se desmayó en sus brazos.

Este la recogió, y convulso, enfermo, delirante, estampó en sus descoloridos labios un beso ardiente y apasionado, exclamando con un acento que desgarraba el alma, mientras dos lágrimas candentes surcaban sus mejillas:

—¡Si es verdad que hay un castigo para el suicida y asesino y para la que falta á sus juramentos, no cambio el infierno con ella, por todos los paraísos del justo!

No dijo más. La barquilla se sepultó en el seno del mar, y sus aguas lanzaron un gemido al recibir el cuerpo de sus tripulantes.

L. CARRILLO DE ALBORNÓZ.

POR UNA BOTA.

(ESPECIE DE NOVELA.)

CAPÍTULO III.

Casualidades.

(CONTINUACION.)

Pasaron ocho días.

Era pues otro domingo. El lector observará que soy muy dominguero.

Mis relaciones con Luisa habían fracasado.

Había tenido que ceder y contentarme con ser su amigo, convencido al fin que no podía ser su amante.

—¿Por qué no quiere usted ser mas que amiga? la había dicho el día anterior.

—Porque yo no puedo amar á nadie, me había contestado.

Entonces recordé que el domingo, al encontrarla por la mañana, había huido de un hombre que la siguió con afán.

—Quizá el hombre que el domingo la siguió á usted, sea mi rival afortunado, la dije.

—Si es mi zapatero, contestó riéndose.

—Entonces... no comprendo...

—Para eso era necesario que contase á usted mi historia.

—Pues me parece que mejor ocasion.

—Aún no es tiempo, deje usted que nos conozcamos más.

Así estaban mis asuntos con Luisa, primer conocimiento debido á mis botas.

Pero el segundo era más terrible.

Tenia un desafío pendiente, y con el miedo en el alma y el valor, al parecer, en el cuerpo, me dirigí á las dos de la tarde al café suizo, donde, como recordará el lector, quedamos citados el jóven del encuentro del capítulo primero.

Entré, y le distinguí enseguida, á pesar de lo miope que soy.

También él me conoció; pues se levantó y vino á saludarme muy atento.

—¿Si tendrá miedo? pensé.

—Veo que es usted hombre de palabra, me dijo; pues no ha faltado á la cita...

—No acostumbro á faltar nunca, contesté muy serio.

—Pues cuando usted quiera... Ahí está un amigo mio; un coche nos espera; usted puede buscar otro amigo y en un instante lo arreglamos.

Turbóse mi vista, miré al rededor por si encontraba algun amigo, y al querer avanzar hácia un lado... un ¡ay! de mi contrario me llamó la atención.

Le había piantado todo mi pié encima.

—Caballero, otra vez? Esto no se puede sufrir...

—Hombre... mas qué veo... usted es... sí, sin duda. ¿Usted ha tenido una novia llamada María Luisa de Quiñones?

—Si señor, yo mismo... pero...

—Entonces usted es el amo de la cartera que me encontré el domingo pasado.

—El mismo, y cuando me tropezó usted, hacia un momento que la había echado de menos y andaba buscándola, así que...

—Pues yo acababa de encontrarla, y como nadie la reclamó, iba pensando en su contenido con curiosidad, tan entretenido, que no reparé en usted y le tropezé sin querer...

—Y como yo iba de mal humor, de una ligerísima falta armamos una cuestion que pudo traer malas consecuencias; pero que bien mirado no encuentro motivo para llevar á cabo nuestro desafío.

Yo le dispenso á usted el pisoton; usted á mí, las palabras un poco fuertes y si quiere usted honrarme con su amistad, Gabriel García no olvidará nunca que usted le devolvió la felicidad en una cartera, que era mi única ilusion, por los recuerdos que tiene.

—Con mucho gusto, contesté, admirado de la feliz terminacion de tan apurado trance.

—Pero... en qué me ha conocido usted? añadió Gabriel.

—Hombre... en los piés... pues he leído su historia en la cartera.

Veán ustedes lo que son las cosas y las casualidades de la vida; sin la casualidad de mi segundo pisoton, sabe Dios la que se hubiera armado.

Y aquel segundo tropiezo, puro efecto de la casualidad, me proporcionó la amistad de un jóven muy amable y con el cual hoy día me une la más estrecha simpatía.

CAPÍTULO IV.

De cómo hay mugeres que lo parecen y no lo son.

Al siguiente día de los sucesos relatados en el capítulo anterior, paseaba á las ocho de la noche, esperando á Luisa como de costumbre.

—¿Quién será esta muger? pensaba; ella á prometido contarme su historia y poco he de poder ó me la cuenta hoy mismo.

En esto, llegó ella.

—Parece que está usted muy pensativo esta noche, me dijo.

—Sí; la verdad es, que me preocupa mucho la historia de usted.

—Ya le dije antes de anoche que aún no es tiempo para contársela; pero voy á ser amable. Pasado mañana es mi santo, venga usted á comer conmigo y despues saldremos á paseo y le contaré mi vida.

—Aceptado, dije recobrando mi buen humor.

Cuando me retiré á casa, mil conjeturas agradables pasaban por mi mente.

—Luisa es preciosa, pensaba; me convida á comer solos en su casa. Habrá tenido algun deslíz, y fingiendo ruborizarse me lo contará. Luego dirá que me quiere, pero que no sabe si aceptará su amor sabiendo su desgracia; yo la consolaré; la juraré amor eterno, y quién sabe...?

Pasaron cuatro días.

Llegó el santo de Luisa y comimos juntos.

Por la mañana habia estado más amable que de ordinario; durante la comida, cariñosísima.

Hablábamos de cosas indiferentes, y yo hice recaer la conversacion sobre su vida pasada.

—Cualquiera comete una falta en su vida, decia yo; ¿Quién podrá asegurar que no ha tenido algo de que arrepentirse.....?

—Créame usted, me interrumpió Luisa, ha sido mi desgracia; yo he tenido un descuido muy grande: una falta terrible, que la sociedad juzga de ligero, sin considerar á veces los motivos que me impulsaron á ello. Voy á contar á usted mi vida:

—«Me llamo Maria Luisa de Quiñones; soy criolla: mi papá.....»

—Fué capitan de buque y vive...

—Cómo, ¿quién le ha contado á usted eso...?

Entonces la referí mi hallazgo de la cartera.

—Es decir, me dijo al concluir, que Gabriel está aquí?

—Buscándola á usted como un loco, mientras su padre la busca á usted por el otro mundo.

—¡Cómo! ¿ha muerto?

—No señora! Está en la Habana.

—Ah! pues yo quiero ver á Gabriel; ya estoy cansada de esta vida miserable que ahora tengo: todos son acreedores: y aquel orgullo que antes tenía, ya se ha convertido en una resignacion cristiana.

—Pero ¿y aquello del zapatero que la sigue á usted y...

—Continuaré mi historia.

Y Luisa empezó así:

«Cuando llegó la hora en que Gabriel, habia quedado con papá, para venir á pedir mi mano, yo, impaciente y exigente como mi padre al ver que no venia, me incomodé. Mi papá empezó á murmurar de la puntualidad de los hombres, de los chiquillos que no tenían palabras, y en fin, que los dimos órden á los criados, para que dijeran que no estábamos en casa aunque viniera Gabriel, dándoles una carta, en que mi papá le despedia de casa.

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

(Se continuará.)

CHARADA.

Bajó una *prima* y *segunda*
del monte cercano,
al *tres* con *cuarta* llegó
con su paso tardo;
un *todo* encontró escondido
entre unos guijarros
y oyendo *tres dos* lejana
de algun fiero trasgo
al pueblo *prima tres cuarta*
se fué acercando.

(La solucion en el próximo número.)

FUGA DE VOCALES.

BR.ND.S

Tr.s=tr.s=tr.g.s=tr.s=tr.s
=tr.s=tr.s=tr.s=l.s=tr.s=tr.g.s

tr.g.s=tr.g.=tr.s=.str.g.s
tr.p.=ntr.p.d.=l=tr.v.s
tr.v.s.r.s=d.=ntr.m.s
tr.p.l.s=tr.m.=tr.g.n
tr.nt.=tr.s=tr.g.s=d.=r.m
tr.s=tr.z.s=d.=tr.ch.=str.n.
tr.st.s=tr.g.s=tr.n.=l=tr.n.
tr.n=tr.n=tr.n=tr.n=t.rr.tr.n
V.=.G..LS=D.=ZC.

(La solucion en el próximo número.)

Soluciones al número anterior.

CHARADA.—PELOTERA.

LOGOGRIFO.

Si *r* y *s* combinares
unidas á *o* y *a*,
tendrás: un *ros* elegante
usado en la antigüedad
y creado hace algun tiempo
por un sábio general.
Un verbo que *osar* se nombra,
y otro verbo que es *asar*;
sosa y *rara* de adjetivos,
y ¡*so!* interjeccion no usual.
Horas que van y no vuelven;
osa mamífero audaz,
y el *as* de espadas que ahora
es de los que juegan más.
Para formar una cuba
aros necesitarás
sin los que tendrá hendiduras
y el líquido se saldrá.
Y por fin, *Rosa* la bella
en un baile donde está
vestida color de *rosa*,
la solucion te dirá.

FRANCISCO GRIMAU.

FUGA DE VOCALES.

Ingenio: aquí es agudeza,
riqueza entre los cubanos;
el uno requiere manos
el otro solo cabeza.

M. OSSORIO Y BERNARD.

Las remitieron la Sta. D.^a Gregoria R. Blazquez y los Sres. D. Antonio Agustina, D. Juan Perez, D. Casimiro Sanjurjo, D. Damian Sanchez, D. Augusto Fernandez Caso, D. Matias Benet, don J. P. de R., D. T. Javier Martinez y Franco, don Francisco Grimau y D. R. Maldonado.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia
DE CAVIRIA Y ZAPATERO.

ANGUSTIAS, 1.